

REVISTA LITERARIA

MARIANITA

NOVELA POR VICENTE GREZ

El autor de *El Combate Homérico*, ha dado á la luz pública una nueva novela que le traerá más reptación y mayores elojios. El que escribió *Emilia Reynals* y el *Dote de una joven*, ha sabido juzgar bien los aplausos de los amantes de las letras y comprendido que sus dotes de novelista, bien escasas por desgracia en nuestra juventud, debe aprovecharlas y no privar á los lectores de sus excelentes conocimientos sociales y de sus buenos estudios sobre el corazón humano.

Acaso nuestro juicio sobre *Marianita*, cuyas páginas hemos saboreado con muchísimo placer, sea demasiado benévolo aunque nos esforzaremos por hablar con bastante imparcialidad: y ello proviene á causa de que somos admiradores entusiastas de Vicente Grez.

Hay algo en Vicente Grez que nadie pondrá en duda: es el pincel del caricaturista, que está sobre todas sus otras cualidades. Recuerda talvez con cariño sus horas de guerrilla política, sus artículos festivos, sus apreciaciones sobre los actos de los hombres de las alturas, que le valieron tantos parabienes envueltos en las risotadas del público, y no abandona jamás esos tintes que dá à algunos caracteres para producir la hilaridad con sus frases ingeniosas y llenas de chiste francés.

En todas sus novelas hay algún tipo que es objeto de su zaña y de sus burlas, y en *Marianita*, en donde ha abandonado á nuestro juicio, un tanto, este rico recurso de su rica imaginación, nos presenta, ufano de su creación, á Doña Rosario, madre de Camilo, linda muestra de suegra artera y ambiciosa.

Nosotros creemos sin exajeración que Vicente Grez es uno de nuestros mejores escritores y para probarlo ahí están, *El combate Homérico* esa leyenda heróica que encierra en sus pájinas un gran poema y cuya descripción, producto de un individuo que tiene alma de artista y corazón de poeta, es el mejor elogio que se haya hecho del héroe y del mártir que nos legara la mejor pájina de abnegación, de valor y de gloria.

Vicente Grez es caricaturista y es poeta; se le acusará de muchísima incorrección, de ignorancia gramatical, de no mucha instrucción pero sus *Ráfagas* tienen delicadezas muy blandas y sentimientos muy poéticos. Sus versos acusan un corazón muy sensible y algo como una nostalgia que seduce y encanta.

Emilia Reynals y el *Dote de una joven* han sido ya juzgadas y nos ocuparemos en *Marianita*, novela *psicológica* y *sentimental* que nos revela excelentes dotes y cuyo argumento, más meditado y mejor desarrollado, habría hecho de su novela una de las mejores producciones literarias.

Marianita, tipo de belleza y de candor, nacida y criada en los Vilos en un hogar tranquilo, modesto y honrado, al murmullo de las olas que acarician las playas, es como una sirena de los mares, es dulce y grave y "en sus ojos parecía vagar esa melancolía de los inmensos mares que ella contemplaba eternamente."

Su padre es subdelegado marítimo y consiguientemente de lo mas encopetado del lugar. Ella enseña á Samuel y á Corina en compañía de su señor padre y en la casa es á la vez madre, hermana é hija y hasta ayuda á su padre á redactar las notas relativas á su empleo.

En su hogar brillan la modestia y la decencia, el gefe es un hombre honrado y *Marianita*, que no tiene madre, tiene algo de anjel y mujer, de estrella y flor.

No lejos de los Vilos, viven en una hacienda don Ramón y doña Pepa, dos hermanos solterones ricos, y que viven

amenazados constantemente por los deseos de heredarlos que abrigan unos cuantos sobrinos; Serjio, uno de éstos, les hace compañía con grandísimo alborozo de su madre, Carmela, que acaso evoca diariamente á la muerte que venga en busca de su hermano Ramón, para que su hijo quede dueño de la hacienda que según el novelista tiene tanta extensión "como un reino de segunda orden de Europa." De los sobrinos de don Ramón, Camilo, no le ha visitado, pero doña Rosario, su madre, no pierde el tiempo y continuamente anuncia á su hermano los progresos de su hijo, para que lo tenga presente.

En un mes de vacaciones, Camilo aprovecha el viaje de la fragata Chilena *Mercedes* y se dirije á los Vilos y de allí á casa de su tío.

Don Ramón es acosado por las visitas y la vida veraniego se pasa en su hacienda en medio de amena charla, gran de algazara y continuos paseos. Tan pronto como llega Camilo, proyectan un viaje á los Vilos que llevan á cabo y cuya descripción ha cuidado de hacerla el novelista con bastante esmero para dar á conocer el carácter festivo de Serjio.

Así que Camilo, llegó á los Vilos conoció á Marianita y fuése á la hacienda prendado de élla, y como la comitiva de don Ramón lleva los ánimos alegres y bulliciosos, en sus habitaciones reúnen á todas las familias del puerto. Marianita les acompaña á pesar de las múltiples atenciones de su casa, con gran contentamiento de Camilo que á los pocos dias queda furiosamente enamorado. Los paseos succédense á los paseos; Marianita corresponde los cariños de Camilo y en todas partes se les vé juntos embriagados con los sentimientos de las primeras emociones del amor.

Tan pronto como empezó el otoño, volvieron los paseantes á la hacienda y como la fragata *Mercedes* zarpara á Valparaiso, Camilo hubo de resignarse á volver, no sin haber dado antes palabra de casamiento á Marianita y haberla declarado su amor. Esta declaración, que tiene lugar en un instante en que Camilo la acompaña á su casa volviendo de la de don Ramón, el último dia de su permanencia en los Vilos, nos ha parecido concebida y descrita con una frialdad que casi nos ha hecho desconocer al nove-

lista. Camilo despídese de Marianita que lo acompaña hasta el barco en compañía del subdelegado y de doña Pepa; la mañana de ese día de partida era hermosa, “de lejos y un poco perdida entre las rosadas brumas del alba semejábase la fragata á una inmensa gaviota que escarmenara sus plumas y estendiera sus alas sobre las aguas:” antes de abandonar las playas y su amor, Camilo, con todo el sentimiento de la partida dice á Marianita:—“Júrame que me pertenecerás eternamente, que no abrigarás un solo pensamiento que no sea mío y que si nuestro matrimonio se demora dos años, tres, cuatro, cinco, me aguardarás siempre.”

“—Camilo—contestó Marianita con gravedad,—al decirte que te amaba te he dado mi vida para siempre.”—Con este juramento sellan su amor que después poetizan con un beso estrecho, dulce y silencioso.

Una vez en Santiago, Camilo abandonó los estudios á causa de una enfermedad, y para conquistarse una fortuna propuso á su tío arrendarle un fundo que le serviría para trabajar y vivir cerca de Marianita; pero don Ramón no aceptó tales pretenciones y doña Rosario que asechaba los pasos de Camilo, conocedora de su amor por Marianita, consultó con la madre de una jóven rica y con quien quería casarlo, el medio de darle una exelente ocupación y de conducirlo suavemente hasta atraerlo al matrimonio con Elena, exelente partido por sus riquezas y quién estaba enamorada de Camilo; ofrecióle la hacienda de la madre de Elena y el hijo sin ver el artificio de doña Rosario se entrega en sus manos y hace lo que ella le dice.

Elena es una jóven raquítica, enferma y de carácter nervioso que ambiciona á toda costa casarse con Camilo. Marianita y Camilo, escribiéronse dos años sin interrupción y después él no tuvo más noticias de élla á pesar de las numerosas cartas que la dirigía. Llega á sus oídos la nueva de un compromiso entre Marianita y un hacendado y creyendo que ésta lo olvida, acepta el matrimonio con Elena que vuelve loca á doña Rosario y satisface á Elena en su ardiente pasión.

Camilo, fué buen esposo de Elena, pero enferma y llena de exentricidades, “los primeros fríos y las primeras nieblas del otoño se la llevaron envuelta en sus tristes brumas,” la lloró aunque no la amase mucho; doña Rosario lamen-

tóse de que no dejara sucesor, y su madre no podia conformarse con la desaparición de su hija, su único encanto.

Al poco tiempo renació en Camilo su antiguo amor, abandonó la hacienda de la que fué su esposa y partió á los Vilos á casa de don Ramón; volvió á ver á Marianita y descubriendo Camilo que su correspondencia era interceptada por su madre, no pensó sino en renovar sus juramentos y respetar sus promesas. Marianita y Camilo tiemblan al verse, él solicita un instante de conversación y en una tarde después de comer, en un paseo á las orillas del mar, prueba á Marianita que su matrimonio fué causado por el despecho al saber que ella estaba de novia, siendo que era su hermana Corina la que se unia con un hacendado. Marianita, ama de veras y luego oidas las esplicaciones cubren con un velo el olvido del pasado y se aman como antes; al separarse Camilo la dice que volverá, élla no responde, lo espera cuando su padre está entregado al sueño y cuando todos duermen en su hogar; Camilo llega hasta sus ventanas, Marianita solo escucha su corazón y su sentimiento, él la dice que apague la luz porque al atravesar pueden divisarlo por los postigos, y Marianita que nada oye sino su amor apaga la lámpara: "en esos momentos una mariposa revoloteaba junto al globo y se quemaba las alas."

Marianita, inocente, buena y sin experiencia alguna, demasiado crédula y juzgando á Camilo por sus palabras no preveyó las fatales consecuencias y después de esta escena, él que antes fué su novio, desempeña el papel del amante. A partir de aquí, preocupan tres distintas situaciones: la caída de la infeliz Marianita, la infamia y la perversidad de Camilo y la bondad y las esperanzas de Serjio. Este, enamorado de Marianita, de exelente corazón, maneras afables, jenerosos sentimientos no ambicionaba sino unirse á Marianita con quien estaba comprometido. Esta unión deseada por el señor Albarracín, padre de Marianita, y consentida por élla, más bien por obediencia que por cariño y creyendo que Camilo nada significaría yá en el camino de su vida, debería verificarse pronto. Habíanse dado los anillos de compromiso y Serjio que amaba á Marianita como á un anjel y como á la mitad de su vida, temblaba ante la presencia de Camilo, cuyas antiguas relaciones con su novia conocía; pero ausente de los Vilos,

ignoraba absolutamente hubieran reanudado sus amorosas querellas, y de Valparaiso escribía escusándose por su tardanza en volver.

Los dos amantes entregados á los locos transportes del amor y embebidos en sus goces, lo olvidaban todo y tan pronto como en el hogar de Marianita se entregaban al sueño, ella esperaba anhelante, Camilo caía á sus pies y abandonábanse el uno en los brazos del otro en esas horas robadas á los cuidados paternos, bebiendo el deleite y olvidando aquélla su dignidad, no midiendo su desgracia, no vizlumbrando la perfidia de Camilo y éste burlándose del candor de la credulidad y procurando á medida que se hastiaba, huir de Marianita y olvidar sus promesas.

Una noche en que él no fué como de costumbre á casa de Marianita, élla fué en su busca, pasearon por las orillas del mar, amáronse como siempre y bebían los últimos restos de sus entusiasmos. Camilo, que no ansiaba otra cosa que buscar pretextos para romper, se mostraba mudo y frío ante el cariño y las palabras de Marianita; ésta cariñosa y amante preguntóle la causa de su enojo.

—“En verdad,—contestó él con tristeza,—hay momentos en que dudo de tu amor: ahora mismo siento entre mis manos algo que me quema los dedos.”

“Ella se estremeció ligeramente.”

—“¿Crees que puedo ver sin disgusto este anillo de compromiso que me recuerda tu olvido?”

“Y Camilo alzó en alto el dedo de la joven que ostentaba la argolla de oro que la obsequiara Serjio.”

—“¡Tienes razón!—dijo Marianita, de pie, en lo más alto de la roca.”

—“¡Qué vas á hacer!—gritó asustado Camilo.”

—“Ya lo ves,—dijo Marianita, arrojando al mar el anillo!”

Pero, estas pruebas del profundo amor de la mujer, ya no conmovían á Camilo que la había robado todos sus primeros encantos.

Doña Pepa, tía de Camilo, avisó á la madre de éste que llamara pronto á su hijo y Doña Rosario que temía el matrimonio con Marianita, fraguaba desde Santiago los planes que deberían apartarle de sus pretensiones. Mujer de talento y atrevida encontró entre el sin nú-

mero de niñas que frecuentaban los salones de la capital á Laura E., hija única de una viuda; niña ilustrada, simpática, inteligente y conocedora de los mil recursos que despliegan las mujeres para cautivar á los mortales, servía perfectamente á sus designios. Poco costó convencer á madre é hija, de la rectitud de sus actos y de su buen modo de obrar y llevóse á la hacienda de su hermano Ramón á Laura y su madre, segura de prender á Camilo en las redes de la simpatía amorosa. El viaje de Doña Rosario sirvió admirablemente á Camilo y abandonó á Marianita, para atender á su madre que llegaba á casa de su tío.

Camilo cayó en las redes tendidas por Laura y tejidas por Doña Rosario y á los pocos días jugaban en su corazón dos sentimientos: el producido por la inteligencia y las gracias de Laura y el deseo de sensaciones que saciaba con Marianita.

Serjio llega el mismo día que Camilo sale de los Vilos y llega siempre bueno, siempre generoso, siempre sincero y siempre amante.

Tan pronto como Doña Rosario vió el triunfo de sus proyectos, anunció su vuelta á Santiago y como Camilo debería acompañarla, antes de partir, pretestando una visita de despedida á una hacienda vecina, vuela á los Vilos y anuncia á Marianita su viaje; élla comprende muy bien que esta separación es eterna, pero, esa noche se aman como la última de sus veladas de amor.

Serjio, que nada sabía del género de relaciones entre Camilo y Marianita, pide al padre de ésta que se realice pronto su matrimonio, porque piensa llevarla á Santiago á presenciar el enlace de Camilo y Laura. La entrevista entre los prometidos es triste y Serjio sale de casa de la mujer á quien ama envuelto en una nube de tristeza y de dolor. El padre de Marianita le comunica á ésta los deseos de Serjio y la dice que Laura y Camilo deben contraer matrimonio tan pronto como lleguen á la capital; la desesperación de la joven es inmensa y ahogando sus sufrimientos enmudece ante la mirada escudriñadora de su padre. Una mañana ahogada por el dolor, huye de la casa y avanza al mar hasta ser cubierta por las olas; quería ahogar sus sufrimientos en la inmensidad del Océano; un esforzado pescador la salva y la conduce á casa de su pa-

dre. Desde este momento, Marianita, vive muriendo, su deshonor, su amor y su infortunio solo concluirán con la muerte, último lenitivo para los sufrimientos, el principio de la vida de las almas.

Serjio, llamado por el señor Albarracín que no sabía que hacer al contemplar á su hija falta de juicio y sumida en el mayor sufrimiento, llega á casa de Marinita á quien amaba con toda su alma á pesar de la falsedad de sus promesas, y al tener conocimiento del estado de la que fué su prometida rompe á llorar como un niño. Marianita, que oye su voz lo escucha y lo observa, y avergonzada por los sufrimientos del que fué su novio corre hacia el mar, Serjio vá tras ella y la grita. ¡Marianita! ¡Marianita!

Ella vuelve la mirada y le dice:

“¡Espérame! voy á buscar mi anillo de compromiso!”

Marianita se arrojó al mar, Serjio, arrojóse también tras ella y vuelve trayéndola entre sus brazos que estrechaban un cadáver.

Tal es el argumento y tal el dramático fin de la novela.

El novelista ha elejido perfectamente para su creación el género *psicológico sentimental*. En la época presente es la novela que está en boga y es la que despierta mayor interés. Esta clase de novelas requiere profundos estudios de las personas, porque el novelista tiene que desarrollar los caracteres y pintar los afectos más íntimos del corazón humano. Marianita, que dá su nombre á la novela es su principal personaje y Vicente Grez, que sabe cautivar al lector haciendo simpáticos á sus héroes, ha dado á éste sus mejores toques.

Es necesario penetrar el pensamiento del autor para convencerse de la importancia de su creación. Para nosotros, Marianita, tipo de la niña inocente y sin conocimiento alguno de todo lo artificial y estudiado que hay en los afectos, es la perfecta pintura de la mujer sin sociedad, que vive siempre espuesta á todas las audacias de los que saben burlar los buenos sentimientos y la debilidad de las almas candorosas.

Su alma era pura como sus ojos que reflejaban la limpieza de un cielo sobre la mar tranquila; no hay nada en ella de afectado ni en su porte ni en sus maneras. Viste con gracia y sencillez, cose, enseña, escribe, ordena y se

ocupa en los mil quehaceres domésticos cumpliendo como hija y como madre.

Ella no ambicionaba más que su tranquilidad: y los Vios y la compañía de sus hermanos y de su padre bastábalas para llenar sus ambiciones.

Se prendó de Camilo como pudo haberse prendado del primer hombre de mundo que hubiera llegado á su casa, y concluyó por amar aquello que aceptó como una novedad, hasta que su corazón tuvo la ilusión de creer que amaba algo que aspiraba desde mucho tiempo atrás. Lo que empezó entusiasmo, concluyó pasión y Marianita, absorbida por completo en el cariño de Camilo, habría hecho algo más que arrojarse al mar. Ama como las venecianas sin detenerse ante ningún obstáculo, Camilo pudo arrastrarla á mayores degradaciones, pudo hacerla su querida y ella que le amaba con locura habría vacilado para seguirlo después.

En Marianita y sus desgracias hay una profunda enseñanza para las jóvenes sin educación social, sin la vida de las grandes ciudades y sin los variados conocimientos de una civilización esmerada y más maliciosa. Elena abraza por Camilo un amor en el cual el alma desempeña un papel secundario, pero ésta es mujer del gran mundo y no habría caído tan fácilmente como Mariana. Laura, es frívola viva, resuelta y audaz; pero, es astuta, inteligente, conoce los corazones y los juzga con toda la experiencia que dan las altas relaciones y puede conseguir que Camilo la adore, cuando éste iba dispuesto á burlar los ardidés de su madre.

Pero, á nuestro juicio, hay en la novela dos tipos que solo un escritor de cualidades poderosas puede haber diseñado con toda precisión, Serjio, empieza por ser presentado al lector como un loco y aturdido que asecha el cariño de Don Ramón y por cierto empieza con cierta antipatía para el lector; pero, Vicente Grez no lo abandona, hace que ame en silencio á Marianita y este amor lo cambia, lo dignifica, lo transforma, lo rejenera y acaba por presentarse al lector como una alma generosa, que sirve para hacer de Marianita una Magdalena y que castiga las infamias de Camilo con el desprecio del lector. Camilo aparece manso, obediente, desinteresado, prendado de Marianita por

sólo sus bondades y sus encantos; si su madre no intriga, pudo ser en los Vilos un pescador como más tarde fué un verdadero Satán. Pero el novelista quiere enseñar, y aunque tiene por Marianita tanto amor como Serjio, procura transformarlo poco á poco hasta que hace de él un malvado digno hijode una madre ambiciosa, y que atrae sobre sí todos los desdenes y todas las maldiciones de los que se interesan por Marianita.

Serjio y Camilo, son dos tipos opuestos exactamente delineados, modelados y dibujados con los mejores y más perceptibles perfiles.

Doña Rosario atrae sobre sí todas las indignaciones: es intrigante, ambiciosa y no puede vivir sin jugar con su hijo. Para llevar á cabo sus propósitos nada la detiene; Elera significa una cuantiosa fortuna y como calcula que Marianita puede mantener ebrio de amor a Camilo por medio de sus cartas, las intercepta. Estas cartas, de las cuales el novelista hace figurar dos ó tres, son un reflejo del alma sensible, apasionada y siempre llena de esperanzas de Marianita. Su lectura es de lo más dulce y bien pudo Vicente Grez, haber regalado al lector algunas otras que hubieran puesto de relieve el inmenso amor de Marianita y sus castos deseos. Después aunque Camilo sea viudo y se haya labrado una fortuna independiente, llegado á su conocimiento que ama nuevamente á Marianita, esgrime como antes las armas del cariño y de la astucia; Laura, coqueta y despierta, es su medio, su nuevo y certero lazo tendido á ese corazón lijero, uraño y sin delicadezas de Camilo. Bien conocía la madre que bastaba su intervención para reirse de Camilo y lo consigue con tal arte, tal denuedo y tal espléndido desenlace, que alcanza que Laura coqueta, ame á su hijo con veracidad y sinceridad no imaginadas.

Tal novela es la representación exacta del drama diario y constante de la sociedad: Camilo siempre triunfante y premiado por sus audacias; la sociedad lo mima y para las mujeres es el jóven que despierta todas las codiciosas miradas por su porte, su educación, su familia y su vida combatida y sembrada de episodios, realzada con ese amor casto que seduce con todas las bellezas de la distancia, de la pobreza y de la sinceridad. Satán vá y viene entre Marianita y Camilo, y burla su inocencia y su virtud. Serjio, el

jóven de acendrada bondad, de corazón abierto á todos los simpáticos sentimientos, tipo de la honradez, de la fidelidad y del santo y verdadero amor, consigue sólo la promesa de Marianita para beber después el olvido y los sufrimientos con toda la amargura del acíbar de los desengaños y de las marchitas ilusiones. Elena, es el dinero que logra todas las aspiraciones, es la fortuna mostrando sus dientes blancos y agudos con la eterna sonrisa del triunfo y de todos los deseos alcanzados y realizados. Doña Rosario, es la avaricia, la intriga, el enredo, la suegra con todas sus artimañas; es la perfidia social que se muestra con todos sus infames manejos y con todas las consideraciones de familia, posición y las mezquinas ambiciones que envenenan todo lo que las rodea, como las emanaciones de un árbol que dá muerte al que vá á cobijarse bajo sus ramas y á deleitarse con su sombra.

Pero, Vieente Grez descuida su estilo con una negligencia bien punible, sus declaraciones amorosas son forzadas y tan *ex-abrupto* que el lector no las cree, ni goza con ellas; el alejamiento de Serjio que dá tiempo á Camilo para realizar todas sus infamias y la ignorancia en que aquél vive de estos actos, es inverosímil; aquel recurso de las espuelas, botas y mantas para impedir que Serjio salve á Marianita, es un recurso necio, falso y casi *cursi*; don Ramón con todas sus manías de solterón no debió aparecer en la novela, porque al calificarlo el lector siente repugnancia por sus hábitos, y el novelista debe procurar indignación, ódio si se quiere, pero nó repugnancia.

Vieente Grez descuida las descripciones y estamos seguros que el lector no conoce la mansión de Marianita, ni la hacienda de don Ramón, ni ninguna de las bellezas de la tierra y el cielo, del mar y sus acentos.

El diálago tiene todos los defectos que dá á la frase mal construida y muchas veces impropia. Muestra muchas palabras que son ajenas del español y frases que no són de la novela culta é ilustrada.

Mucho más diríamos de esta bella novela; pero las páginas aumentan y es preciso no abusar de la jenerosa hospitalidad de la REVISTA.

Marianita, es una novela en toda forma y su autor me-

rece todos los aplausos del público de buen gusto y amante de la literatura nacional.

Corrija el señor Grez su estilo, lime y pula sus frases, tome sus personajes como lo ha hecho en esta novela de las encumbradas clases sociales, y de esta manera, ganarán las letras, gozará el público y aprenderán los que no conocen el mundo por sus ribetes de intrigas, de miserias y de miramientos mezquinos, cuanta perfidia se encierra en las almas que toman la vida por el lado de las ambiciones y de las exigencias sociales.

ROBERTO ALONSO.

Octubre de 1885.
